



Vista de la iglesia de Sant Pere de Serrallonga, después de la restauración. (Foto: Montserrat Baldomà, 21 abril 1999)

Acabar con la magia sin dejar el método La restauración de Sant Pere de Serrallonga

Antoni González Moreno-Navarro *

¿Es posible “conservar” sin antes “transformar”? pregunta Antoni González en una reflexión teórica que, con la habitual agudeza que le caracteriza, realiza sobre la esencia del acto restaurador y la actividad restauradora de los últimos años. La intervención en Sant Pere de Serrallonga, que puede entenderse como un significativo giro del SPAL hacia actitudes más conservadoras, se presenta como ejemplo del intento de olvidar ciertas “magias” de otros tiempos pero sin renunciar al método de “restauración objetiva”, con el propósito de compatibilizar el rigor metodológico con un mayor rendimiento patrimonial de los recursos económicos.

Getting rid of the magic without giving up the method. The restoration of Sant Pere de Serrallonga. Antoni González wonders whether it is possible to "conserve" without "transforming" first in a theoretical reflection which he makes about the essence of the act and the activity of restoration in recent years with his usual perspicacity. The intervention on this building, that can be seen as a significant switch on the part of the SPAL towards more conservative stances, is presented as an example of the attempt to set aside certain "magic" attitudes of other times but without giving up the method of "objective restoration", so as to make methodological rigour compatible with a better use of economic resources for our heritage.

*Antoni González Moreno-Navarro es arquitecto y jefe del Servicio de Patrimonio Arquitectónico Local de la Diputación de Barcelona.

El arquitecto leonés Javier Ramos Guallart, desplazado ahora a Santiago de Compostela -para bien de la capital gallega-, publicó hace unos años una serie de textos titulada "El final de la magia". En ellos, tras denunciar los criterios y procedimientos habituales de las administraciones públicas en su actuación en el patrimonio monumental, reclamaba su revisión. Proponía hacerlo desde una nueva mentalidad que condicionara el modo de operar de todos quienes participan en el proceso, incluidos los profesionales (y el arquitecto en particular) y los destinatarios de la actuación.

Según Ramos, esa mentalidad debería estar presidida por la tendencia a la conservación (el mantenimiento) del monumento, más que a la intervención transformadora, y, en consecuencia, por la inclinación a que el proceso fuera asumido, incluso protagonizado, por la colectividad, más que por los profesionales, proclives (en especial los arquitectos) a un planteamiento elitista (mágico) de la actuación, las más de las veces, dice Ramos, "más lúcida que lúcida".¹

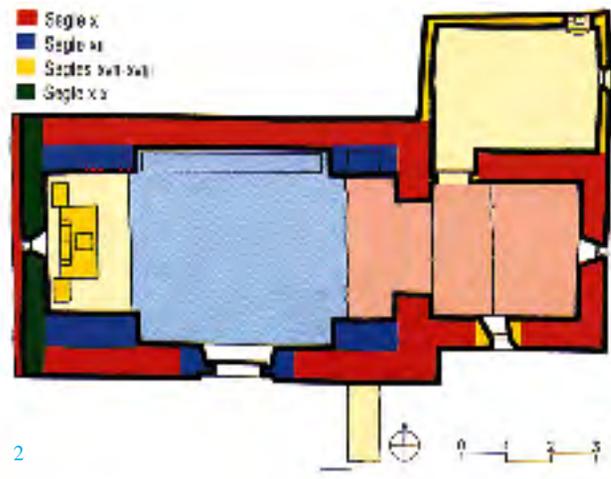
Esa nueva mentalidad, que por fortuna se va abriendo camino en la restauración monumental, tiene, sin embargo, escollos y peligros que sería expuesto olvidar. Las principales dificultades nacen, a mi juicio, tanto de la esencia del acto restaurador (¿es posible "conservar" sin antes "transformar"?)² como del contexto social en el que ese acto se plantea y desenvuelve. La actividad restauradora, ciertamente, no es fruto solamente del amor de las gentes hacia su patrimonio. Se juegan en ella, también, intereses muy diversos, tanto individuales como colectivos, desde los dominicales y utilitarios, incluso los económicos, hasta los emocionales o emblemáticos, o los puramente políticos, intereses que no siempre pueden ser tildados de ilegítimos. Y en cuanto a los procedimientos de la administración, muchas veces más complejos de lo que parece necesario, son a menudo, sin embargo, menos simplificables de lo que parece posible.

En cuanto a los probables peligros derivados de esa deseable depuración de las actitudes "elitistas" (de la desaparición de esa magia engañosa), el principal, en el terreno más estrictamente profesional, es el riesgo de poner en crisis la permanente necesidad del rigor metodológico en las actuaciones. Un rigor que nos obliga a considerar, junto a los objetivos sociales, los procedimientos científicos de la restauración y su irrenunciable carácter de genuino ejercicio de arquitectura, y a compatibilizar siempre la deseable participación colectiva con la profesionalización de los agentes rectores del proceso.

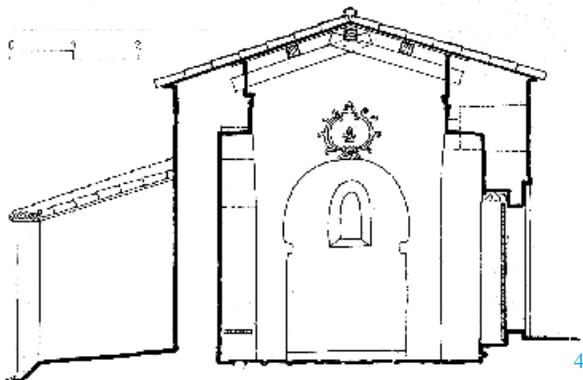
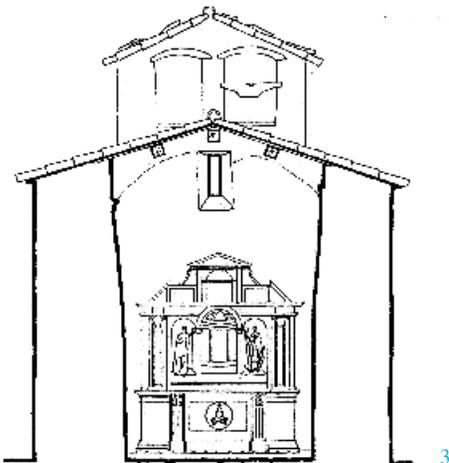
Esas dificultades y riesgos a tener presentes no invalidan, por supuesto, el mensaje último de los escritos de Javier Ramos, cuya huella se palpa ya en las actuaciones del SPAL de la Diputación de Barcelona. La restauración de la pequeña iglesia de Sant Pere de Serrallonga puede servir de ejemplo de ese intento de olvidar ciertas magias de otros tiempos sin renunciar a nuestro método de "restauración objetiva".

1. Vista de la iglesia desde mediodía (SPAL, enero 1977)





2. Planta después de la restauración, con indicación de las diversas épocas de la fábrica
3. Sección transversal mirando a poniente, después de la restauración
4. Sección transversal mirando a levante, después de la restauración
- (Dibujos: Txetxu Sanz)



Sant Pere de Serrallonga

El edificio se halla en el término municipal de Alpens, en el límite noreste de la provincia de Barcelona, en la vertiente este de la montaña de Serrallonga, a más de 1.000 m de altitud, en un paraje desde el que se contempla una amplia panorámica de la comarca del Lluçanès y, en la lejanía, algunas de las montañas catalanas más emblemáticas, Montserrat, la Mola (coronada por el monasterio de Sant Llorenç del Munt), el Montseny, el Pedraforca y el Puigmal.

Tiene una planta típica de la arquitectura religiosa inmediatamente anterior al románico, con una sola nave, rectangular, de unos 30 m² de superficie interior, y un ábside o santuario, de planta prácticamente cuadrada, de unos 7 m², adosado al muro de levante. El paso entre el santuario y la nave se corona por un arco triunfal de herradura, propio de la arquitectura de aquel período, apoyado sobre impostas monolíticas sencillas.

Los muros son de piedra, de 0,8 m de grueso (de diferentes aparejos y texturas, según la fecha de su construcción y las transformaciones sufridas), con piedras mayores, a modo de sillares, en las esquinas. Nave y ábside están cubiertos por tejado de dos vertientes. El primero, sobre un envigado sencillo con par central sin tirante, y el del santuario, sobre bóveda ligeramente de herradura. Por la parte de tramontana, se adosa al ábside un cuerpo rectangular, que hizo de sacristía, de muros más delgados y también cubierto de tejas.

Se accede al interior por un vano con arco de medio punto, abierto en la fachada sur. En ésta se abren, además, dos ventanas, una de medio punto, en la nave, románica como la puerta, y otra en el ábside, de origen medieval pero reformada en época moderna, y, en la fachada de levante, en el centro del ábside, una de derrame único, de época prerrománica. Ante la fachada de poniente, coronada por una espadaña moderna, está el cementerio, activo desde el siglo X hasta el XIX.

La historia

El templo se construyó hacia mediados del siglo X y fue uno de los primeros erigidos para fijar la población en aquel territorio, manteniendo la categoría de parroquia hasta el siglo XIV, en que pasó a la iglesia de Santa María, en Alpens.



5

5. Las cubiertas del ábside y de la sacristía, después de los trabajos de exploración

6. Losas de la cubierta primitiva del ábside descubiertas en la exploración arqueológica

(Fotos: Montserrat Baldomà, 24 diciembre 1998)

Algunas de las masías que pertenecieron a la antigua parroquia han sobrevivido en activo hasta hace muy pocos años.

Debemos imaginar aquel edificio primitivo con sus muros enlucidos con mortero de cal³ (la piedra desnuda parece ser costumbre muy moderna) y sus cubiertas revestidas con losas de piedra⁴, emergiendo el muro de levante de la nave entre la cubierta de ésta y la del ábside, a modo de hastial de doble vertiente.

En el interior, los muros también fueron blancos⁵ y el pavimento, de losas de piedra⁶. El suelo del presbiterio tuvo dos niveles; en el superior, con una suave pendiente hacia el oeste, se dispuso el altar, junto al muro de levante⁷. El nivel inferior⁸ era a su vez más alto que el de la nave, junto a cuyos muros de poniente y tramontana es posible que existiese un banco de obra para acomodo de los fieles. Es muy probable que la primera cubierta que tuviera la nave fuera un envigado de madera sobre jácena cumbreira. El ábside fue cubierto con bóveda de piedra.⁹

La reforma románica

A finales del siglo XI o a lo largo del XII se produjo una notable reforma de la fábrica (sin que se pueda excluir que se realizara en dos fases dentro de ese período, quizá la segunda hacia 1200). La puerta primitiva fue substituida entonces por la actual, algo mayor, lo que obligó a rehacer parte del muro de mediodía. Pero el cambio más notable vino sugerido, posiblemente, por la necesidad de reparar o reponer la cubierta y aprovechar para hacerla de piedra, con menor riesgo ante el fuego que la original de madera.¹⁰ Con ese fin, los paramentos externos de los muros longitudinales fueron recrecidos hasta enrasarlos con los hastiales, mientras que los paramentos internos fueron doblados por otros, de sillarejos bien trabajados, coronados por una cornisa sencilla de sección triangular, aligerados por sendos arcos de medio punto, que permitieron que la reducción de la planta útil fuera mínima.

Es posible que esos muros nuevos se decorasen con la junta resaltada característica del románico catalán del siglo XII, aunque más tarde se revestirían con mortero de cal y yeso. En la enjuta del arco norte se abrió una hornacina coronada por arco de medio punto. En esta etapa románica la nave se pavimentó de



6

7. Vista del interior mirando a poniente

(Foto: SPAL, 16 febrero 1973)

8. Coronación del muro de levante de la nave, explorado una vez desmontada la cubierta

(Foto: Jaume Bassas, 4 enero 1999)

9 Sección longitudinal mirando a tramontana, después de la restauración

(Dibujo: Txetxu Sanz)



7



8

nuevo, también con losas, colocadas sobre las del siglo X, alcanzando la cota del primer nivel del presbiterio, desapareciendo el escalón de acceso a éste, cuyo nivel superior, ya único, se amplió, avanzándose el altar que pasó a ser exento.

Las transformaciones modernas

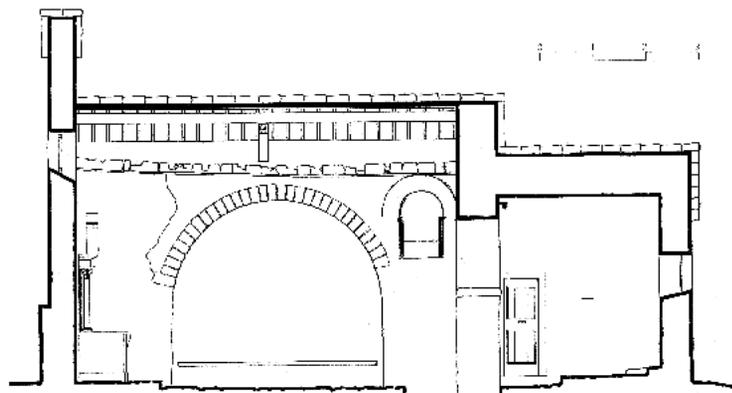
Durante el siguiente medio milenio no hay constancia de obra alguna, sólo de mejoras del mobiliario. A principios del siglo XVII, el 5 de agosto de 1610, se mandó hacer un retablo. Lo realizó el imaginero catalán Domingo Casamira, que firmaría sus recibos en 1613. No sabemos a ciencia cierta si este retablo es el conservado (que sería repintado en 1850), pero no está documentada la construcción de ningún otro.¹¹

Un documento de 1689 nos dice que Joan Prats, agricultor que vivía en la masía Serrallonga, pagó entonces unas obras efectuadas por el maestro albañil Salvador Pairot, de Alpens. De esta época debe de ser el contrafuerte de la fachada sur, a la derecha de la portada, del que ahora sólo se conservan algunas hiladas. Ese contrafuerte da fe de la paulatina pérdida de estabilidad de la fábrica, lo que originaría un tira y afloja de más de dos siglos entre los payeses y el obispado, ya que éste, en vez de hacerse cargo de la obra, como parecería corresponder a la propiedad, confiaba en que fueran los fieles quienes lo hicieran, debiendo esperar a cambio que "Nuestro Señor les llene de bendiciones espirituales y temporales".¹²

Hacia 1725 se hicieron nuevas obras. Se pavimentó con baldosas cerámicas, se elevó el presbiterio, que se cerró ahora sí con una reja,¹³ se dispuso un coro a los pies de la nave¹⁴, y se construyó la sacristía.

Sin embargo, la bóveda, cuyo peligro de caída fuera ya denunciado en 1706, no fue reparada entonces y en 1731 y 1746 los visitadores del obispado tuvieron que insistir en la urgencia de hacerlo. El visitador de 1775 dejó constancia de que el templo "amenaza ruina inminente". Aun así, no fue hasta 1808, un siglo después del primer aviso, cuando se nombró a dos maestros albañiles —Joseph Quintana y Mariano Miró— para que dijeran qué había que hacer. Por consejo de éstos, se cerró el edificio y no se volvió a abrir hasta realizar "reparaciones provisionales". En 1813 se harían nuevas reparaciones (ya que "d'altre manera no si hauria pogut dir missa"), pero tampoco fueron definitivas.

Así las cosas, en 1827, cayeron la bóveda y la parte superior del muro de



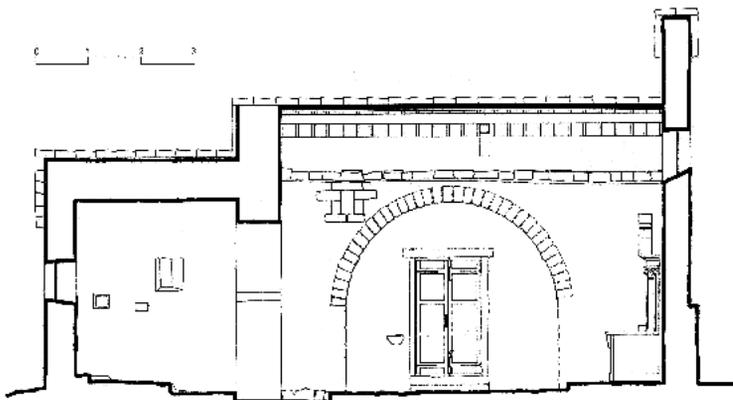
9

poniente. Dos documentos lo confirman: el libro de Obra de la parroquia («En lo any 1827» —dice— la iglesia «se dirruíh per si mateixa») y la inscripción del escudo que preside la nave que reza así: Esta yglesia se reduí en lo any 1827 y se ratifica en lo any 1837.

La reparación no terminaría hasta 1839. Se hizo una cubierta nueva, con un envigado sobre una bóveda de rasilla encamonada,¹⁵ se reconstruyó el muro de poniente —el campanario de espadaña, sin embargo, parece ser de 1845— y, al haber desaparecido la bóveda de piedra que empujaba el muro, se eliminó el contrafuerte sur. En el interior, se rehízo o reparó el coro, se elevó de nuevo el pavimento de la nave, aprovechando las baldosas, alterando la altura libre del vano del arco triunfal. Los paramentos interiores de los muros fueron encalados de nuevo y se colocó en el muro de levante de la nave, sobre el arco triunfal, el escudo con la inscripción ya citada. Según el Libro de la Obra de 1839, el importe de estas obras lo tuvo que avanzar otra vez un vecino, pues en aquellos momentos la parroquia no tenía liquidez...

En la segunda mitad del siglo XIX se realizaron algunas obras de mantenimiento. Consta que en 1869 se cambiaron algunas de las tejas y se encalieron nuevamente las paredes, que años más tarde se pintarían de azul claro (era habitual hacerlo así, según se dice, con la intención de ahuyentar a las brujas...). A lo largo del siglo XX, como consecuencia del abandono del culto regular (hasta 1964 ya sólo se oficiaría la misa los lunes de Pentecostés y después, ninguna hasta 1999), se pierde la costumbre de conservar el edificio, lo que favorecería su progresivo deterioro y la desaparición de la bóveda tabicada.

Hacia 1964 la parroquia inició gestiones para que la Diputación de Barcelona se hiciera cargo de reparar el templo, lo que haría en 1973 mediante una inversión de unas 200.000 pesetas (se remendó el envigado, se substituyó la puerta y se drenaron los muros de poniente y tramontana). El 1989, el ayuntamiento de Alpens, a instancias del rector, acordó pedir una nueva subvención a la Diputación de Barcelona, exigiendo ésta esta vez que se firmara un convenio de cesión del uso del inmueble en favor del municipio. En el ínterin, entre 1989 y 1990, el párroco mandó reparar de nuevo el tejado de la nave y rehízo la cubierta de la sacristía con viguetas de hormigón que le habían sobrado en la reparación de otra casa rectoral. En 1998, cumplidos por el municipio y la parroquia los requisitos exigidos, la Diputación tomaría cartas en la restauración.



10

10. Sección longitudinal mirando a mediodía, después de la restauración

(Dibujo: Txetxu Sanz)

11. Vista del interior mirando a levante

(Foto: SPAL, 16 febrero 1973)

12. Restos del contrafuerte del siglo XVII, desmontado el XIX, aparecidos en la excavación arqueológica del entorno inmediato del templo

(Foto: Xavier Fierro, septiembre 1998)



11



12



13

13. Revestimientos de mortero de yeso aparecidos en las partes inferiores de las jambas del arco triunfal, una vez excavado el santuario

14. Diversos miembros del equipo pluridisciplinario responsable de los trabajos en la cubierta del templo (Foto: Montserrat Baldomà, 17 diciembre 1998)

15. Excavación arqueológica del santuario, una vez trasladado el retablo

(Fotos: Montserrat Baldomà, 8 julio 1998)



14



15

La restauración

Siguiendo el nuevo procedimiento habitual en estos casos, la Diputación de Barcelona no concedió una subvención, sino que encargó a su servicio especializado, el SPAL, que se ocupara directamente de la obra. Aunque la solicitud municipal se refería a reparar la cubierta de la nave, ya que los sucesivos remiendos habían entrado en crisis, el SPAL se planteó una actuación sin autorestricciones iniciales, matizada sólo por esa nueva mentalidad tan bien reflejada en la frase "el fin de la magia" de Javier Ramos.

Se trataba, por lo tanto, de no renunciar a la aplicación del método propio en toda su extensión, lo que exigía, en primer lugar, plantear el conocimiento histórico y material del edificio, y el de su contexto social, insuficientemente estudiados hasta entonces, antes de decidir el alcance de los trabajos de restauración física del monumento y de su contenido mueble, aunque ese alcance estuviera premeditadamente limitado en cuanto al coste y la transformación del monumento.

Para obtener ese conocimiento (sólo el indispensable y suficiente, para no malgastar esfuerzos ni recursos), se entrevistó (desplazándolas allí siempre que fue posible) a cuantas personas pudieran dar noticia de la evolución del templo y del lugar a lo largo del siglo XX, así como testimoniar los anhelos de la comunidad; se llevó a cabo el vaciado de la documentación existente en

17



18



16

16. Las fachadas de poniente y mediodía, una vez excavado el terreno colindante, lo que permitió conocer su dimensión original y su evolución (Foto: Montserrat Baldomà, 21 abril 1999)

17. Vista de la iglesia desde el noreste. El volumen de la sacristía perturba la comprensión de la planta primitiva prerrománica (Foto: SPAL, 1969)

18. Vista de la iglesia desde el noreste, después de la restauración. La solución de continuidad entre las cubiertas del ábside y la sacristía, facilita la comprensión de la planta primitiva prerrománica (Foto: Montserrat Baldomà, 21 abril 1999)

19. Limpieza y sellado de algunas juntas con mortero de cal
 20. Reposición de sistemas de evacuación tradicionales
 (Fotos: Montserrat Baldomà, 4 marzo 1999)



19

los archivos (especialmente el del obispado), y se procedió a una investigación arqueológica, no en extensión, sino limitada a los espacios que parecieron imprescindibles: el subsuelo del presbiterio y de dos tercios de la nave, la cubierta del ábside y una parte del entorno inmediato del templo.¹⁶ Se realizó también la exploración estratigráfica de algunos revestimientos, con los correspondientes análisis de morteros, y el estudio artístico del edificio y de los objetos muebles que contenía.

Paralelamente a esos trabajos, se plantearon diversas "estadías de proyecto". Consisten éstas en estancias en el lugar (de uno o dos días) de un equipo, en este caso, un arquitecto, un aparejador, un delineante y una fotógrafa, con la participación intermitente del constructor que había de hacerse cargo de la obra, y de diversos especialistas y gentes del lugar. Este equipo, junto a los profesionales del conocimiento histórico, explora la fábrica y su entorno y contrasta in situ las informaciones que aportan la bibliografía y la investigación documental (dejando constancia gráfica de ese conocimiento), constata la valoración que merece el edificio en su entorno social (y las expectativas generadas por su restauración) y reflexiona sobre los criterios, directrices y alcance de las obras que se van juzgando oportunas y necesarias.

El fruto de esas estadías no fue la redacción de un proyecto, en el sentido material y administrativo tradicional del término (que en un caso así parece prescindible), sino diversos documentos (sucesivos presupuestos y relaciones valoradas), que permiten una gestión más rápida y eficaz, una determinación más precisa del gasto necesario y un control mucho más exacto de éste; en definitiva, un ahorro de esfuerzos y recursos.¹⁷

El criterio básico de la intervención arquitectónica, establecido a lo largo de aquellas estadías, quedó fijado en la permanencia de la fábrica heredada por nosotros con las únicas transformaciones que fueran necesarias para garantizar su estabilidad y estanquidad y para mejorar la comprensión de su evolución arquitectónica a lo largo de la historia. Ello suponía renunciar a introducir nuevos elementos que pudieran perturbar la imagen del objeto heredado, pero no a substituir los elementos deteriorados e irrecuperables,



20



21

21. Vista de la iglesia desde el mediodía, después de la restauración. El rebaje del terreno ante la puerta románica ha permitido la recuperación de las proporciones originales de ésta. A la izquierda, el recinto del cementerio

(Foto: Antoni González, abril 1999)

22. Interior de la iglesia, hacia levante, después de la restauración

(Foto: Montserrat Baldomà, 21 de abril 1999)

fieles a nuestro criterio de que la autenticidad no radica únicamente en la originalidad de la materia, sino en la capacidad de ésta (aunque sea nueva, si ello es imprescindible) de "acreditar de ciertos" los valores del monumento, arquitectónicos, documentales y emblemáticos.¹⁸

La primera aplicación de estos criterios se planteó en la cubierta de la nave. No era posible conservar la que teníamos (moderna, como se ha dicho, pero en mal estado) ni pareció oportuno (por razones conceptuales y económicas) recuperar una de una época anterior. Nos limitamos, por tanto, a desmontar la que encontramos (lo que permitió un análisis más pormenorizado de la parte superior de los muros) y a rehacer el mismo tipo de cubierta, aunque con madera de mejor calidad y tratada. El nuevo par central se hizo de roble y las vigas de pino melis, y se aprovecharon el máximo posible de rasillas y tejas. En cuanto a la cubierta del ábside, una vez estudiada arqueológicamente, se retejó sobre mortero de cal.

Substituir la cubierta de la sacristía, rehecha hacía una década con viguetas de hormigón, desencadenó otras reflexiones. A menudo hemos afirmado que "distinguir las superposiciones que son signo de la vitalidad evolutiva del monumento, de las excrescencias históricas que se han ido acumulando en él, y resolver el conflicto entre la permanencia de las segundas y la protección de los valores del monumento o la recuperación de su autenticidad, son retos que el restaurador debe asumir."¹⁹ Por ello, en esta ocasión, conscientes de que el volumen de la sacristía, añadido en el siglo XVIII, mistificaba la bella imagen primigenia del templo de nave única y cabecera cuadrada, pensamos en la posibilidad de eliminarlo. Otras veces, y quizá con menos justificación, habíamos actuado así.

Esta vez quisimos apurar la reflexión. Concluimos que lo que realmente mistificaba la imagen del templo, no era tanto el volumen de la sacristía, como la continuidad de su cubierta con la del ábside, ya que daba una imagen disimétrica y perturbada de éste. Y decidimos confiar la "recuperación de la autenticidad" a un gesto mínimo: cambiar la pendiente de la nueva cubierta de la sacristía y romper así la continuidad de la vertiente única, lo que permitiría remarcar la diacronía entre los dos cuerpos. La lectura de la cabece-



22



23. Interior de la iglesia, hacia poniente, después de la restauración

24. Interior de la iglesia, desde el santuario, después de la restauración (Fotos: Montserrat Baldomà, 21 abril 1999)



ra del siglo X es ahora más clara, y el sacrificio material, inapreciable.

El rebaje del terreno alrededor de todo el edificio hasta las cotas contemporáneas a su construcción (realizado, obviamente, con seguimiento arqueológico), permitió que los muros y la puerta románica recuperaran sus proporciones originales, hasta entonces alteradas. Se aprovechó para separar el recinto del cementerio de la fachada de poniente, mejorando la coronación del muro perimetral y abriendo un nuevo acceso. En cuanto a los muros del templo, otros trabajos consistieron en abrir las ventanas tapiadas (y cerrarlas con vidrio o reja después de reparar la carpintería), recolocar alguna piedra o sillar perdidos o alguna teja que ayudara a evacuar mejor las aguas y limpiar de vegetación y rellenar con mortero de cal algunas juntas demasiado abiertas, pero sin repararlas todas indiscriminadamente ni eliminar los restos de mortero de revestimiento.

En el interior, los trabajos consistieron, fundamentalmente, en consolidar los revestimientos de mortero de cal y yeso, y recuperar los pavimentos antiguos y la primitiva apariencia del presbiterio y, todo ello, sin dañar ninguna de las aportaciones modernas (la sacristía, el retablo, etc.), elementos que se han conservado y restaurado como testimonio de su época, tan digna de respeto como las anteriores y posteriores.

El suelo de la nave tiene después de la restauración tres niveles, que corresponden a los tres pavimentos que ha habido a lo largo de la historia: el original del siglo X, que se conserva a la vista junto al arco triunfal; el original del siglo XII, románico, visible en el sector central; y el de baldosas del siglo XVIII —que hasta 1998 cubría toda la nave—, del que se conserva una parte in situ a los pies de la nave.

El arco triunfal de herradura, al haber recuperado el pavimento adyacente su cota primitiva, se puede contemplar ahora en su verdadera dimensión original, cosa que no ocurría antes de la restauración. Tampoco podía comprenderse antes el espacio prerrománico del presbiterio, ocupado por el retablo moderno. Al desplazar éste a los pies de la nave, el presbiterio pudo ser recuperado y presenta ahora el aspecto del siglo X: la bóveda y los muros, revestidos de mortero y pintura a la cal, y el pavimento (que es el original), de piedra, con dos niveles, con los restos del altar primitivo en la plataforma más alta.

Del retablo se saneó la madera (de pino y de chopo) o se substituyeron los elementos que se encontraban prácticamente deshechos por los ataques de xilófagos, trabajos que realizó in situ el carpintero del pueblo (un magnífico artesano sin pretensiones de ser especialista en restauración, y por lo tanto más eficaz y menos oneroso), y se consolidó y limpió la capa pictórica, en este caso, por especialistas.

También se restauraron un banco-confesionario de oreja, con reja metálica, que ya existía en el siglo XVIII, y la puerta de la sacristía; y se substituyeron el banco de madera que había en el muro norte, muy deteriorado, por otro de madera de roble, y la puerta exterior, que ahora es de roble, de doble batiente, con tranca tradicional y otros sistemas de seguridad modernos.



25



26



27



28

25. Reparación y sustitución de elementos de madera del retablo (Foto: Montserrat Baldomà, 11 febrero 1999)

26. Restitución pictórica del retablo (Foto: Antoni González, abril 1999)

27. El retablo, restaurado (Foto: Montserrat Baldomà, 11 mayo 1999)

28. Banco-confesionario de oreja, restaurado (Foto: Montserrat Baldomà, 11 mayo 1999)

29. Fiesta de celebración del fin de la obra. Explicación en el propio lugar de los trabajos realizados (Foto: Montserrat Baldomà, 16 de mayo de 1999)



29

DATOS BÁSICOS

Restauración de Sant Pere De Serrallonga

Municipio: Alpens (provincia de Barcelona)

Comarca: Osona (Subcomarca del Lluçanès)

Localización: Se accede por un camino que parte del Km. 18,900 de la carretera de Sant Quirze de Besora a Berga.

Propiedad: Obispado de Vic, en cesión de uso al ayuntamiento.

Actuación:

Promovida por el ayuntamiento de Alpens y realizada por el Servicio de Patrimonio Arquitectónico Local de la Diputación de Barcelona.

Trabajos de investigación histórica:

Documentación e historia oral: Anna Castellano, Isabel Mas, Raquel Lacuesta. **Arqueología:** dirección, Xavier Fierro; Ejecución, CODEX, SCCL. **Antropología física:** Marta Pujol. **Exploración de revestimientos:** Teresa Novell y Rosa Laura Janó. **Estudio de morteros:** Màrius Vendrell, Departamento de Cristalografía y Mineralogía de la Universidad de Barcelona.

Trabajos de restauración:

Proyecto y dirección de obra: Antoni González, arquitecto.

Colaboradores:

Constructor: Josep M. Antigas. **Aparejador:** Jaume Bassas.

Dibujante: Txetxu Sanz. **Fotógrafa:** Montserrat Baldomà.

Albañilería: J.M. Antigas, Josep Ballesteros, Joan Travería.

Carpintería: Josep Castany. **Restauración pictórica del retablo:** Emili Julià, Imma Caballé.

Consolidación de revestimientos medievales: Anna Cusó, Neus Zapata.

Una vez concluidos los trabajos, se celebró la fiesta popular de celebración que siempre organiza el SPAL en estos casos²⁰, esta vez algo deslucida por la lluvia, en el curso de la cual fue repartido entre los vecinos el folleto explicativo de la historia del templo, los trabajos realizados y los criterios en qué se basaron. Esta fiesta, como anuncio de la recuperación a partir de ahora de la tradicional romería que se había celebrado antes, es quizá la mejor consecuencia de los trabajos. El coste total de la actuación, con IVA, (excluidos gastos por "capítulo 1", es decir, la nómina de funcionarios), rondó los 6,5 millones de pesetas, cifra que incluye los trabajos arqueológicos (675.000 Pta); la nueva cubierta (1.760.000 Pta); las actuaciones en muros y pavimentos, incluidos los estudios y análisis previos (1.580.000 Pta); los trabajos de carpintería (incluidos tratamientos), vidriería y señalización (504.000 Pta); la restauración del mobiliario y el retablo (1.107.000 Pta); el movimiento de tierras del entorno y la reconstrucción o consolidación de los muros perimetrales del cementerio (627.000 Pta) y el folleto explicativo (248.000 Pta).

Visto el resultado de la actuación, el conocimiento adquirido y su nivel de difusión, la obra realizada, el coste total y el tiempo empleado, no podemos menos que estar convencidos de estar en un camino que nos permite, sin renunciar al rigor metodológico de la restauración, plantear unos programas más ambiciosos cuanto al número de obras a acometer. Con algunos de los presupuestos invertidos por las administraciones públicas de nuestro entorno en magnas obras de restauración de edificios singulares de nuestro patrimonio medieval, sería posible, con esta nueva mentalidad (y con servicios propios técnicamente bien dotados), conservar con dignidad suficiente la mayor parte de ese patrimonio aparentemente menor, hoy abandonado. Es evidente que no se trataría, quizá, de intervenciones de tanto rendimiento político (o que necesitarían de más imaginación de los promotores para obtener ese rendimiento, no siempre ilegítimo), pero en eso consiste también el "fin de la magia". 

Notas:

1. "El final de la magia", *Quaderns Científics i Tècnics*, nº 5, Barcelona, Diputación de Barcelona, noviembre 1993. "El final de la magia", *Informes de la construcció*, nº 428, Madrid, CSIC, noviembre/diciembre 1993. "El final de la magia (3). Regreso al futuro", *Quaderns Científics i Tècnics*, nº 7, Barcelona, Diputación de Barcelona, abril 1996.
2. Ved, González Moreno-Navarro, Antoni, "La restauración objetiva. Método SCCM de restauración monumental", en *Memoria 1993-1998 del Servicio de Patrimonio Arquitectónico Local de la Diputación de Barcelona*, vol. 1, pág. 56, Barcelona, Diputación de Barcelona, 1999.
3. Así lo parecen indicar los restos de revestimiento hallados en las hiladas que permanecían enterradas antes de la excavación arqueológica.
4. Las lajas de piedra eran mucho más fáciles de conseguir entonces, en aquellos parajes, que las tejas. Al desmontar el tejado del ábside se encontraron algunas losas imbricadas en los muros, lo que parece confirmar la hipótesis.
5. En las zonas bajas estuvieron enlucidos con una capa de mortero de yeso, de entre uno y dos centímetros de grueso (se conservan restos en las jambas del arco triunfal), y en las zonas altas, con una capa muy fina de pintura de cal (que aún se aprecia en el paramento interior del muro de mediodía, sellado por el arco románico que se le adosaría después).
6. En el presbiterio, las losas conservadas son delgadas, paralelepípedicas, de dimensión mediana, colocadas según hiladas más o menos regulares, con cuñas, sobre una preparación de piedras y argamasa. El escalón que marca los dos niveles del presbiterio es de 12 cm, hecho de piedras y argamasa, y con la contrahuella enlucida con yeso, en parte aún conservada.
7. Se conservan unas piezas de la base, que dibujan una U, en cuyo espacio central pudo colocarse la lipsanoteca.
8. El presbiterio no debió estar cerrado, ya que no se han encontrado señales de un posible iconostasio o reja en el pavimento que se ha conservado.
9. En el curso de la restauración no se hicieron calas en los revestimientos interiores de esta bóveda, ni fue excavado totalmente su extradós, por lo que no sabemos si a lo largo del milenio de su existencia ha sufrido transformaciones o reformas importantes.
10. La observación de los muros parece sugerir que la bóveda de cañón programada entonces no llegó a realizarse, conclusión a la que ya llegaron antes algunos de los estudiosos

del templo. Sin embargo, la lectura atenta de la documentación -junto al hecho de haber encontrado en los alrededores del templo piedras que aparentemente pudieron formar parte de una bóveda- inducen a creer que, efectivamente, la bóveda se llegó a construir en el siglo XII (quizá hacia 1200), no sabemos si recubierta con losas aprovechadas de la cubierta anterior o con tejas para disminuir el peso.

11. El retablo conservado es de líneas clásicas, propio de aquella época. El registro central contiene una homacina destinada a la imagen de la Virgen María con las imágenes, pintadas a uno y otro lado, de Santiago Apóstol y san Isidro. El cuerpo del coronamiento tiene una homacina en el centro destinada a la imagen de san Pedro. En el lateral inferior izquierdo está la inscripción que da fe de la orden de Jaume Carbonell en 1850 para que el retablo fuera repintado.

12. Así se expresaba el visitador del obispado en 1775: "exhortam als duenyos dels masos situats en dicta sufragaña [...] la posin "ab aquella decencia que demana la casa del Señor, confiant en lo zel y devoció de dits pagesos que en breu ho portaran en obra, pues estan informats que estan ja en esta resolució de que poden esperar de Deu Nostre Sr la reuerenció de tan santa obra, ab moltes benediccions espirituals i temporals".

13. Las huellas eran visibles en 1998.

14. No sabemos cuando fue desmontado ese coro, pero debió ser hacia el segundo cuarto del siglo XX. Algunos vecinos de Alpens, nacidos por aquellas fechas, lo recordaban. Otros, más jóvenes, ya no lo vieron nunca.

15. De esta bóveda actualmente sólo quedan señales en los muros de poniente y de levante de la nave.

16. En cuanto a las inhumaciones descubiertas se actuó también con ese mismo criterio restrictivo. Los restos de un individuo aparecidos en la nave (cuyo interés era muy escaso, dada su datación moderna y la limitada información que podían facilitar) no se excavaron y se conservan bajo el pavimento restaurado. Los restos de un individuo del siglo X, aparecidos en el exterior, cerca de la fachada norte, dada su datación y, sobre todo, el peligro de desaparición o deterioro en caso de no ser retirados, fueron exhumados para ser estudiados.

17. Ved, González, Antoni, op. cit., vol. 1, pág. 81.

18. Ved, González, Antoni, op. cit. vol. 1, pág. 21.

19. Ved, González, Antoni, op. cit., vol. 1, pág. 71.

20. Ved, González, Antoni, op. cit., vol. 1, pág. 101.



30. Folleto explicativo los trabajos realizados, repartido entre los vecinos y parroquianos

30

